

## **El poder nos ha señalado como sus enemigos** *Agosto-diciembre de 1921*

«Te delató Joan Soler. Tu futuro cuñado». Aquella revelación de Giner le había hecho daño, mucho daño. Toda la alegría y la esperanza que le había insuflado la visita de su familia y de Anna había quedado difuminada por aquellas palabras.

A Martí le costaba entenderlo. Había sido un revés importante en su moral. Difícilmente su alma podía asimilar aquella realidad. En el fondo, era casi un niño, un joven sin experiencia, idealista y poco preparado para enfrentarse a la crueldad del día a día. Desde aquella fecha, su rutina en la prisión se había llenado de porqués. Y la multitud de horas muertas y de aislamiento no le habían ayudado a encontrar respuestas. O, al menos, no había encontrado una respuesta válida.

Aquel sábado estival era día de baldeo en la cárcel. Cada quince días tocaba limpieza general y, aunque muchos presos se libraban de ella pagándole media peseta a otro recluso, para Martí era un momento muy esperado. Con la puerta de la celda abierta de par en par, se abría también la posibilidad de hablar con los presos vecinos. En un lugar de tan duro aislamiento como aquel, Martí encontraba en el día de limpieza un consuelo gratificante.

—Se han cargado a Palau y a Delgado —oyó comentar a unos reclusos que estaban apoyados junto a la puerta de su celda. Martí conocía a esos dos de los que hablaban, ya que había coincidido muchas veces con ellos en el patio.

—¿Quién los ha matado?

—¿Tú que crees, chaval? Hace tres noches que los sacaron de la celda para trasladarlos a Jefatura... Los mataron por la espalda.

—¿Por la espalda? ¿Quién los mató?

—Muchacho..., ¿de qué árbol te has caído? ¿Quién quieres que los mate? La policía.

—¿La policía?

—El gobernador hace tiempo que les dio carta blanca... Desde el asesinato de Dato muchos de los presos de esta galería han muerto cuando, presuntamente, querían escapar... ¿No has hablado con Parra?

—¿Con Parra? ¿De qué?

—Él se escapó de milagro de uno de esos asesinatos por la espalda...

No se encontró con Antonio Parra en uno de aquellos «galápagos» hasta un par de tardes después. En cuanto le vio, a Martí le faltó tiempo para acercarse a él y preguntarle directamente.

—Parra, ¿a ti te disparó por la espalda la policía?

Sin decir ni una palabra, se levantó el pantalón hasta la rodilla y dejó a la vista dos heridas en la pierna que no habían cicatrizado y que supuraban un líquido de tono amarillento.

—¿Responde esto a tu pregunta? Hace más de medio año que las balas abrieron estas heridas y ya has visto... No hay manera de que se cierren de una puta vez.

Martí le pidió que le explicara cómo había sido y, aunque a Parra no le gustaba recordar aquellos hechos, su insistencia acabó derribando las defensas de aquel valenciano.

—Yo tuve suerte, Martí. Fue un milagro... Mis otros cuatro compañeros murieron aquella noche... A menudo me pregunto cómo me salvé...

—Me cuesta creer que la policía actúe así, Parra. ¿En qué mundo vivimos?

—En el mundo de Martínez Anido y sus secuaces, chaval. No seas ingenuo. El poder nos ha señalado como sus enemigos y no escatimará medios para acabar con nosotros.

Y con la vista perdida en los muros de aquel patio y los ojos húmedos de rabia e impotencia, Antonio Parra rememoró aquella medianoche en que él y cuatro presos más fueron sacados de los calabozos de Jefatura.

—Nos extrañó que para llevarnos a la cárcel no utilizaran un furgón. Nos ataron de dos en dos... Como éramos impares a mí me tocó ir solo al final del grupo. Todas las cuerdas iban atadas unas con otras. Era imposible intentar escapar... Dos guardias iban a cada lado y dos más detrás. Subimos por Vía Layetana y nos hicieron torcer en Aragón... Al llegar a la calle Vilamarí, todo estaba muy oscuro, apenas había luz...

La voz de Parra mostraba la angustia que le producían los recuerdos. El esfuerzo por revivir aquellos momentos hacía que la voz temblara y se entrecortara.

—Fue allí donde los guardias que nos flanqueaban a los lados se quedaron retrasados... Y de pronto, sonaron los disparos de máuser...

—¿Sin más? ¿Sin que hubierais intentado huir?

—¿Cómo querías que huyéramos? Era imposible correr atados los cinco... Fue una cosa premeditada.

Martí y Parra permanecieron en un silencio paralizante y demoledor. El valenciano parecía trasladado a aquella abyecta noche de muerte e infamia.

—Caímos al suelo sin ni siquiera gritar... Yo noté balazos en la espalda y en las piernas, pero no perdí el conocimiento. Caí boca abajo, con un brazo retorcido por la caída de uno de los compañeros muertos. Notaba cómo la sangre se escapaba por mis heridas, pero comprendí que si quería tener alguna posibilidad de salvarme, debía hacerme el muerto...

—¿Estuviste así mucho tiempo, Parra?

—Fue la peor media hora de mi vida, Martí. El tiempo parecía haberse detenido en la noche. Media hora pensando en mi familia, en mi pueblo, en mi novia... Pensando en que no tardaría en venir un guardia a darme el tiro de gracia... Temía que nos dejaran allí tirados hasta que se hiciera de día... Y mientras, la sangre se me escapaba, Martí... Y yo me notaba más débil cada vez... Y yo intentando respirar de manera suave y no moverme lo más mínimo...

Sus ojos no soportaron más las lágrimas, que rodaron por aquellas mejillas mal afeitadas. Martí también tenía ganas de llorar, como si acompañar a Parra en el llanto pudiera aliviar los recuerdos y cambiar un pasado traidor y cruel.

—Cuando el desánimo empezaba a apoderarse de mí, oí el rodar de un carro sobre el pavimento. Las palabras que escuché consiguieron insuflarme una dosis de esperanza cuando estaba a punto de lanzar la toalla...

—¿Llegaron más guardias?

—No. Eran enfermeros del Clínico que venían a buscar los cadáveres... Noté cómo me elevaban y me volvían a dejar sobre el suelo frío de la calle. Escuché cómo alguien decía que si no nos soltaban, no podrían cargarnos en el carro... Y sentí una navaja que cortaba mis ligaduras...

Otra vez Parra cayó en el silencio. Martí no quería forzarlo a hablar. Era Parra el que marcaba el ritmo de su recuerdo y sería él quien rompiera su mutismo cuando lo creyera oportuno.

—Me levantaron otra vez entre cuatro manos. Noté cómo me asían por las piernas y por debajo de los brazos. Noté cómo me balanceaban y cómo me lanzaron al carro. El golpe casi me hace gritar y descubrir mi estado... El resto de mis compañeros cayó sobre mí... Por suerte, el trayecto iba a ser corto... El peso de los cuerpos de los muertos y los baqueteos del carro se me hacían inaguantables. Notaba cómo la sangre no dejaba de escaparse de mi cuerpo... Temía no llegar a tiempo para salvarme...

—No sé cómo lo soportaste, Parra —atinó a balbucear un aturrido Martí que solo fue capaz de apretar su hombro en señal de aprecio y consideración.

—Cuando el carro se detuvo, oí como alguien decía «al depósito»... Cuando sentí el frío del mármol tuve claro que era el momento de llamar la atención de los enfermeros. Pero temía que los guardias aún estuvieran por allí... Me decidí a abrir los ojos... La débil luz de una bombilla que colgaba del techo me permitió girar la cabeza y ver únicamente gente con batas blancas y azules...

—Y entonces los llamaste...

—Lo intenté, Martí... Grité «¡No estoy muerto!» una, dos, cien veces... Pero nadie parecía oírme... Mi voz no tenía fuerzas para romper mi garganta... Levanté un brazo y lo dejé caer a peso sobre el mármol... Y se produjo el milagro.

Parra recordó cómo a partir de ese momento las voces parecieron alejarse y cómo él entró en un sopor y un duermevela constante... Evocaba las caras de unas monjas que le pedían tranquilidad y que no se moviese... Se acordaba de un compañero de habitación que le ayudaba a beber agua... Agradecía a los médicos todo lo que hicieron por él...

—Tengo seis heridas de bala, Martí. Cuatro en las piernas y dos en la espalda, una de las cuales me afectó un pulmón... Como ves, un verdadero milagro...

—¿Estuviste mucho tiempo en el hospital?

—Un mes y medio... Me negué a contestar los interrogatorios de la policía... Y al final me trajeron aquí. No estaba completamente curado, pero los médicos me dijeron que no habían podido hacer nada más para retenerme allí... Eso sí, esta vez me trajeron en coche...

Y Parra pronunció estas últimas palabras con una media sonrisa en su boca que hizo que también Martí dejara escapar un risa contenida.